

sia, sino a los abusos del clero.» Ramírez decía: «Vuestro deber es destruir el principio religioso, cristiano o católico, para que, emancipada la sociedad, ande.»

Ahora me permitirán ustedes que desde este momento mezcle, de cuando en cuando, entre estos juicios rápidos y estas bosquejadas observaciones, algunos recuerdos míos, algunas visiones directas de seres y cosas que yo logré alcanzar y ver en mi niñez, que provenían de la época que pretendo estudiar y que se prolongaron en una vetustez que engendraba curiosidad respetuosa, hasta posteriores generaciones. Recuerdo haber visto pasar por mi existencia escolar a este maestro, cetrino, flaco, viejo, con la espalda encorvada dentro de la levita de un negro amarillento. Cuando lo rememoro lo veo siempre abstraído, siempre triste, en una concentración despectiva. Y recuerdo también que un día, hace ya más de veinticinco años, una mujer que por entonces tenía la edad difícil de los treinta, la edad estudiada por Balzac, puso en mis manos un álbum de pastas de concha, algo más grande que un devocionario, y que ella cuidaba con meticulosidad religiosa. Era como su libro de oraciones. Lo guardaba bajo siete llaves. Lo escondía a las miradas del mundo. Necesitaba estar segura de que la persona a quien lo enseñaba era digna de verlo.

Yo tuve esa fortuna. Cuando lo abrí no olvidó que me invadió una emoción de timidez. Sugerido por la idea del tesoro, me repetía a mí mismo: estás tocando una reliquia. En una hora de amistosa intimidad, de familiar confianza, leí, ávida y respetuosamente, aquellas hojas que el tiempo comenzaba a patinar con sus aceitunados matices. La portada era de don Ignacio Ramírez: un dístico lapidario.

Ara es este álbum; esparcid, cantores,
a los pies de la diosa, incienso y flores.

Dentro de esta gran concisión latina se ocultaba un amor senil, como una ave cansada que se escondiese entre las volutas de una capitel de mármol. Amor romántico, hecho de ternura paternal e ilusión tardía, en la que, no obstante, brillan relámpagos de deseos anacreónticos. Un famoso soneto es un episodio de celoso despecho, rimado por el célebre ironista mexicano. (La sonrisa de don Ignacio Ramírez es, por paradoja, una de las cosas más serias de la vida intelectual mexicana.)

¿Por qué, Amor, cuando expiro desarmado
de mí te burlas? Llévate a esa hermosa
doncella tan ardiente y tan graciosa
que por mi obscuro asilo has asomado.

En tiempo más feliz yo supe, osado,
extender mi palabra artificiosa
como una red, y en ella, cautelosa,
más de una de tus aves he cazado.

Hoy de mí mis rivales hacen juego,
cobardes atacándome en gavilla;
y libre yo, mi presa al aire entrego;

al inerme león, el asno humilla;
vuélveme, Amor, mi juventud, y luego
tú mismo a mis rivales acaudilla.

¡Lo que es haber vivido! Conocía a la paloma
perseguida, al león humillado, a los asnos irreve-
rentes. Aquel álbum me contó muchos secretos.
En la salita de la casa pobre, con vestigios de
faustos extinguidos—un mueble antiguo, un re-
trato al óleo, un candelabro arcaico—me habla-
ron el álbum y la mujer.

El álbum guardaba el perfume de nuestra poe-
sía romántica, en la cual, como caso aislado y

casí único, había brotado la clara fuente de una
inspiración diáfana que corría en formas anti-
guas, en vasos griegos, en ánforas latinas. —Don
Ignacio Ramírez era un excelente latinista—.

La mujer, conservaba, un poco marchita ya,
una belleza arrogante, una hermosura matronal,
que hacía pensar en la copla del rabí Sem Tob:

Cuando es ida la rosa
que ya el verano sale,
queda el agua olorosa,
rosada que más vale.

Todavía aquellos ojos negros y abismales,
dentro de la corola obscura de las ojeras, tenían
fascinación. Todavía aquel perfil numismático
destacábase en líneas delicadas, y aquella cabe-
za romana conservaba encanto. La inteligencia y
el corazón de esa mujer valían más que su her-
mosura. Estaba raramente predestinada por la
fatalidad. Los poetas románticos la habían ama-
do hasta el delirio. A su alrededor el vulgo
tejía fábulas de encantamiento y consejas de
brujería. Todos los poetas del tiempo eran sus
amigos, la visitaban y gustaban de conversar en
su estrado literario. Este es también un dato pin-

toresco de la época. Aquella costumbre de vivir entre hombres de letras era antigua en la casa. La madre de la Musa contaba con señorial acento las anécdotas de su amistad con Calderón, con Gorostiza, con Guillermo Prieto. Sus hijas respiraron desde la cuna en una atmósfera saturada de consonantes y ritmos.

Ahora, lo que me contó el álbum, no hizo sino comentar en sus líneas la confidencia. Era un santuario en el que sólo penetraron tres sacerdotes del arte: Ignacio Ramírez, Manuel M. Flores, Manuel Acuña. El primero entró anciano y escéptico; el segundo, fogoso y sensual; el tercero, ingenuo y desesperado. Los dos poetas jóvenes escribieron sobre un tema propuesto por el viejo. El cual le había dicho a la linda muchacha:

Busca un sol, Rosario mía...

Flores, orgulloso y atrevido, había contestado:

¡Y no buscaste un sol! Ya lo tenías
dentro del alma...

Manuel Acuña, soñando en una dicha imposible, había visto ese sol de la mañana

detrás del campanario,
ardiendo las antorchas,
humeando un incensario
y abierta allá a lo lejos
la puerta del hogar.

El sol simbólico, el sol del amor, iluminaba dulcemente la tristeza del *indio* Ramírez, quemaba en voluptuosidad el corazón de Flores, entibiaba el ensueño casto de Acuña.

Allí vi el autógrafo del Madrigal del *Nigromante*, que parece, según la expresión de Menéndez y Pelayo, un epigrama traducido de las Antologías helénicas.

Anciano Anacreón, dedicó un día
un himno breve a Venus orgullosa;
solitaria bañábase la diosa
en ondas que la hiedra protegía.
Las palomas jugaban sobre el carro,
y una sonrisa remedó la fuente,
y la fama contó que ha visto preso
al viejo vate por abrazo ardiente,
y las aves murmuran de algún beso.

Allí escribió Manuel Flores por primera vez su pasión:

Tú pasas... y la tierra voluptuosa
se estremece de amor bajo tus huellas,
se entibia el aire, se perfuma el prado
y se inclinan a verte las estrellas.

Allí Manuel de Acuña dejó su inmortal adiós, su célebre *Nocturno a Rosario*.

Pero es fuerza que no me deje llevar de los recuerdos, y que, para completar el perfil del *Nigromante*, enhebre en el hilo corriente de mi prosa, estos versos de D. Ignacio Ramírez, que definen su espíritu mejor que nadie pudiera hacerlo:

¿Qué es nuestra vida sino tosco vaso
cuyo precio es el precio del deseo
que en él guardan Natura y el Acaso?
Cuando agotado por la edad me veo,
sólo en las manos de la sabia tierra
recibirá otra forma y otro empleo.
Cárcel es y no vida la que encierra
sufrimientos, pesares y dolores.

Ido el placer, ¿la muerte a quién aterra?
Madre Naturaleza; ya no hay flores
por do mi paso vacilante avanza;
nací sin esperanza ni temores,
vuelvo a tí sin temores ni esperanza.

Así, pobre, desesperanzado, impávido, abandonó el mundo el año de 1879 aquel luchador, aquel maestro de una generación que fué educada por él en el culto de la ciencia y de la verdad.

El discípulo más distinguido de don Ignacio Ramírez, el que continuó ardientemente su obra y difundió sus enseñanzas, el más fiel a la memoria del *Nigromante*, fué otro indio de raza pura, que, llegada su vez, se hizo un maestro y tuvo una influencia de educador, superior quizá a la de Ramírez. Me refiero a don Ignacio Altamirano.

Pero como Altamirano ejerció esa influencia sobre dos generaciones, me parece que estará más exactamente encuadrado entre las imágenes que he de evocar en la próxima conferencia. En ella tendré más amplio espacio para delinear, con cuanta precisión me sea dable, la nerviosa silueta de este indígena fino, altivo y apasionado.

Por ahora úrgeme, para definir y concretar la época en su característico representativo, plasmar, a golpe de espátula, una figura inolvidable y amada. En mi juventud la vi y ha quedado fija para siempre en los aposentos de mi memoria.

Venido de aquellos remotos tiempos hasta tocar casi los límites del siglo pasado, deslizándose, resbalándose, como por una rampa, de la época en que florecieron los rosales de los primeros románticos a los días de la fiebre modernista, andaba por esas calles de Dios, en la ciudad de México, un viejo singular a quien todos conocían, saludaban y seguían con más confiado cariño que respetuosa admiración. Era un anciano alto, inclinado por los años, vestido siempre de negro: amplia levita de volanderos faldones, pantalón caído y como desfajado, chambergo de anchas alas, y bajo el chambergo, asomándose hasta semicubrir las orejas y abrigar el pestorejo, la montera de dómine, que, cuando se libertaba de la carga del chapeo, dejaba que su borla de hilo de seda jugase caprichosamente con el aire. El rostro, de amarillo de marfil, surcado, atravesado, acuchillado por las movibles líneas de las arrugas incontables. La boca, grande e inquieta, rodeada

de un bigote y una barba intrincadísimos y de blancura sucia. Los ojos pequeños, juguetones, aunque de pupilas apagadas y párpados cansados, detrás de los espejuelos de varillas doradas. Todo el personaje denotaba a las claras descuido y desenfado. La ropa no había tenido tratos con el cepillo, ni la barba con el peine. La camisa entablaba riña abierta con la corbata, y aquí y allá, a lo largo del chaleco, los botones se habían divorciado de sus respectivos ojales. En la mano, huesosa y percutida, una gruesa caña con puño de carey completaba la figura. El viejo marchaba arrastrando penosamente las plantas, mas con visibles señales de alegría en el ademán y en el gesto. De pies a cabeza era aquel hombre una sonrisa. Casi nunca se le veía solo. Alguien, mozo o de edad madura, caminaba a su vera, del lado opuesto al del bastón, para darle el brazo y servir de accidental apoyo al risueño valetudinario. Con frecuencia, los muchachos voceadores de periódicos le seguían. El mundo entero le saludaba de idéntico modo:

—Adiós, maestro.

Y él, sin fijar la atención, contestaba el saludo de manera igual siempre:

—Adiós, hijo mío.

Era un poeta, un viejo poeta nacional, el amigo de Rodríguez Galván, el protegido de Fernan-

do Calderón, el compañero de los Lacunza, el camarada de don Ignacio Ramírez, el ministro del presidente Juárez. Era Guillermo Prieto. Su charla tenía una amenidad y un atractivo de cuento de abuelo. El ochentón había acumulado historia general y particular, historia vivida entre agitaciones políticas, hervores imaginativos, aventuras amorosas, regocijos populares, galanteos de salón, penas de exilio, cuchipandas estudiantiles. Era ya serio, ya picante. Sabía del episodio heroico, del trágico trance, de la anécdota libertina, del verde proloquio, del verso espiritual. Fué único en la literatura mexicana, a la que llevó el *folklorismo*, que, para incrustar sus ideas subversivas en el pueblo, creó, durante nuestra lucha de Independencia, don Joaquín Fernández de Lizardi. En sus odas patrióticas, en sus poemas eróticos, en sus poesías sentimentales, es arrebatado, obscuro, declamatorio. Abusa de las metáforas, las trunca, las estira, las *telescopia*. Es pródigo de tropos siderales: luz, astros, sol, cielo, infinito.

Pero si en el género amatorio y en el heroico este poeta que traía de antaño la retórica lujuriosa de los románticos, resulta difuso y artificial, si ahora nos parecen hueca su sonoridad y vacíos sus tropos, es porque lo extraemos de su ambiente, de su época batalladora y tumultuosa, de su período jacobino, cuyo simplifi-

cado esquema acabo de hacer, y en el que toda voz tomaba entonación oratoria, toda emoción amplitud excesiva, todo brazo actitud frenética, todo pensamiento expresión pindárica.

Guillermo Prieto venía de los ideales de la Reforma, de los anhelos de la República, de los sueños de la Constitución, de los combates contra el Imperio de Maximiliano de Hapsburgo, de las proclamas contra la invasión francesa. Venía del destierro, de la miseria, de la gloria. Coloquémosle entre los rayos y truenos de su Sinaí, démosle por cuadro su tempestad revolucionaria, metámosle en la hornacina de su época, y veremos entonces cómo se transforman su artificio y su falsedad en verdadera y arrebatada inspiración.

Mas no está allí propiamente el poeta nacional. Ese está en el *Romancero de la Independencia y de la Reforma*, y, tanto o más que en el *Romancero*, está en la *Musa Callejera*. En el *Romancero*, el poeta, siguiendo la huella de los anónimos juglares castellanos de la Edad Media, que forjaron la estupenda y fragmentaria epopeya en el metro sonante a hierro y oro del romance antiguo, trató de exaltar los hechos culminantes de nuestra lucha por la libertad. Mas no sólo se valió en su noble propósito de esa forma altisonante. Otra fué en la que alcanzó triunfos imperece-

deros. Espíritu soñador e irónico a un tiempo (como el *Nigromante*, aunque mucho menos trascendental que éste) entró en la lid de las ideas, esgrimiendo una arma formidable: la Sátira. Su sátira versificada condensó los anhelos de un pueblo. Y la sátira se hizo muchas veces canción guerrera. Las coplas de *Los Cangrejos*, por ejemplo—una diatriba contra el partido clerical—eran musicadas por las bandas militares y coreadas por los soldados en el entusiasmo de las batallas. El poeta que por los ámbitos del país llevaba su cancioncita de libertad, entró más que el *Pensador* en el alma de las multitudés y las levantó y las enardeció. Es esta una fase interesantísima del poeta nacional; la otra, como dije, es la de la *Musa Callejera*. Desaparece el satírico y permanece el soñador, mezclado de cuando en cuando con el humorista. El poeta en la *Musa Callejera* se vuelve pintor de género. Su paleta está llena de colores. Y pinta, al aire libre, paisajes de la tierra, verbenas de barrio, gentes y costumbres populares: la *China* de castor lentejueleado; el *Charro* de sombrero entoquillado de plata; la *gata* voluptuosa, el indio ladino, el audaz guerrillero. Cada uno dice su palabra, habla su jerga, se mueve en su fondo: la calle estrecha y pringosa, el puesto de fruta, la barbería de guitarra y gallo, la casa de vecindario alborotador, todo

típico y regional, todo vivido y matizado con admirable riqueza, a grumos y manchas de seguro efecto. Es la expresión, la manifestación de un pueblo idealizado por la ternura y la fantasía de un gran poeta. Género tan circunscrito como éste no sale del terruño, pero a veces muestra extensión de humanidad, universalidad de sentimientos y rompe el valladar nacional y traspasa las regiones fronteras. Guillermo Prieto fué nuestro Beránger. Cancionó las alegrías, los anhelos, los pesares de los séres que bullían en torno suyo. Adivinó, escudriñó, sacó a la luz el espíritu de los bajos fondos y le dió vida perdurable. Así declara él su vocación:

Y yo soy quien, vagando, cuentos fingía
y los ecos del pueblo, que recogía,
torné en cantares,
porque era el pueblo humilde toda una ciencia,
y era escudo en mis luchas con la indigencia
y en mis pesares.

Y así pasaron cuarenta años de romanticismo, ya cuerdo, como el de José Monroy; ya loco, como el de Castillo y Lanzas; ya suave, como el de José Rosas Moreno; ya elegante, como el de

Agustín Cuenca (de quien he de hablar en seguida); ya populachero y maldiciente, como el de Antonio Plaza, que canta fuera del arte y que, sin embargo, es un poeta inferior que ha podido sobrevivir por la espontaneidad y la sinceridad de su pesimismo.

Mas para concluir mi boceto del romanticismo mexicano, necesito presentar dos personalidades cuya fama ha recorrido la América: ya hice alusión a ellas: son D. Manuel M. Flores y D. Manuel Acuña.

Más de treinta años hace que por una céntrica avenida de nuestra Metrópoli, tropecé con un hombre extenuado, visiblemente enfermo, de rostro cadavérico, lengua melena, barba crecida, gafas oscuras, sombrero de bohemio y pulcra indumentaria. Me llamó la atención una particularidad: un niño pobre, un lazarillo, llevándole de la mano, lo guiaba. El ciego caminaba con extrema fatiga. Alguien murmuró a mi oído: Ahí va Manuel M. Flores.

Mi adolescencia, asombrada y curiosa, encendió al paso de este hombre pequeño y doliente, el fanal de su admiración. Anhelaba alumbrar el sendero del poeta, que parecía ir apoyado, no en

el lazarillo, sino, como el Petrarca de Juan Montalvo, en las musas invisibles.

Meses después, los periódicos, enlutando sus columnas, daban la noticia en extensas notas necrológicas. Manuel M. Flores, herido de antemano en el alma y en los ojos, dormía el último sueño. Reclinando su cabeza de inspirado en el seno piadoso de una mujer abnegada, de la mujer del álbum, que le había perdonado desvíos, errores, infidelidades, sintió venir la muerte, y quizá como pecador arrepentido, pidió también perdón a la vida, a la amada y al ideal, tan ofendidos algunas veces por él.

Manuel M. Flores sucumbió devorado por el mismo fuego que resplandecía en sus cantos ardorosos. El estro que lo mordió estaba emponzoñado de voluptuosidad. Lo que él tan vehementemente expresaba en estrofas, lo vivía intensamente en la realidad. Era un enfermo del mal de Eros. Su sed de sensaciones era insaciable. Esos arranques de pasión insana de sus versos son de una gran sinceridad. Una llama sensual lamía su inspiración hasta incendiarlo.

Bésame con el beso de tu boca,
carifosa mitad del alma mía;
un solo beso el corazón invoca,
que la dicha de dos me mataría.

Sus sentidos poseen una delicadeza hiperestesiada; sus anhelos son satánicamente amorosos:

¡Háblame! que tu voz, eco del cielo,
sobre la tierra por doquier me siga;
con tal de oír tu voz, nada me importa
que el desdén de tu labio me maldiga.
¡Mírame! tus miradas me quemaron
y tengo sed de ese mirar eterno;
por ver tus ojos que se abraza mi alma
de esa mirada en el celeste infierno.

Nada hay en las *Pasionarias*, de Flores, falseado ni mentido. Ni ficción ni actitud. El poeta no engaña: sufre las sublimes angustias de su deseo insaciable. Y en la hoguera de su fantasía crujen y tienen brillo de ascua las vesánicas ilusiones.

Bajo los atavíos de púrpura de su poesía, tiembla su musa como una bacante en celo.

Don Marcelino Menéndez y Pelayo volvió la cara y se tapó las orejas, porque le fastidiaba, no le escandalizaba, a él, lector de Ovidio, el chasquido de los besos, que suenan, como en una alcohola, en los versos de Manuel M. Flores. La obsesión, la insistencia, llegan efectivamente a provocar enfado; pero de cuando en cuando, sin contagiarnos, nos seducen estas exclamaciones,

estos ímpetus salidos de tan adentro, de las entrañas palpitantes de un artista poderoso.

Mas no de continuo la urente inspiración pide besos: con frecuencia pide lágrimas y suspiros. Con frecuencia invoca, en voz baja, el espíritu de la amada muerta. ¿En dónde estás?—pregunta desde el abismo de un insomnio sombrío—. Tiembla en la sombra el gemido de su eterno sufrir. El fantasma atiende el delirante ruego.

Aquí estás, melancólica María,
tan pálida de amor, tan triste y bella,
como en los cielos, al morir el día,
sobre la frente de la tarde umbría,
lágrima de oro la primera estrella.
Aquí estás, compañera silenciosa
del alma enamorada
como el misterio de la noche, hermosa,
como la misma luz, inmaculada.
Aquí estás, junto a mí; tu forma blanca
se dibuja en la sombra
cuando del pecho trémulo se arranca
el profundo sollozo que te nombra.

El casto lirismo sube a las puras regiones del dolor, en las alas del éxtasis; la musa, desnuda como los ángeles, dejó, en su ascensión, caer al

suelo la túnica de Neso. Suenan en las frases, ya no ósculos, sino murmullos de plegaria; y en los versos, notas de arpas del paraíso. De repente, entra por el balcón abierto la luz de la mañana; es el día, y él, el poeta, se despide de la visión immaculada.

La sombra se refugia al alma mía;
con la sombra la imagen de María...
Volvamos a la vida y al dolor.

¡No, no eras un pervertido adorador de la carne turgente y el espasmo convulsionado; no eras un lúbrico enamorado de las curvas provocativas de Venus Calipigia, poeta que pasaste por la existencia sacudiendo la antorcha que te abrasó la mano y el corazón! Tuviste tus horas de arrepentimiento, tus períodos de ensoñación cándida, tus arrobos místicos, tus estremecimientos de sollozo, tus platonismos llorosos y pudorosos, la inefable caricia de la ternura, que teme manchar con una mirada la epifanía virginal del primer amor; tuyos son estos divinos deliquios, en los que parece que los vocablos se ruborizan de exteriorizar una escondida tentación:

¡Quién me diera tomar tus manos blancas
para apretarme el corazón con ellas,
y beber en tus lágrimas preciosas
la casta luz de tus miradas bellas!

.....
¡Quién me diera tener un solo rayo
de aquella luz de tu mirar en calma,
para tener, al separarnos luego,
con qué alumbrar la soledad del alma!

Manuel Acuña, compañero de álbum de Manuel Flores, tenía un temperamento lánguido y anémico; no fué un sensual, sino un sentimental.

Anterior a Flores en la adoración a Rosario, ocupa las primeras páginas que siguen a las escritas por *El Nigromante*. Las ocupa con el *Nocturno*. Si Ramírez es la nota clásica y Flores la erótica, Acuña es la melancólica. En la resignación de Ramírez y en la pasión de Flores, se entrevé un suave matiz pagano, una sensación voluptuosa ante la línea escultural. En Acuña todo es espiritual afán de dicha, ansia de purificación por el milagro del amor sereno.

¡Qué hermoso hubiera sido
vivir bajo aquel techo,
los dos unidos siempre

y amándonos los dos;
 tú siempre enamorada,
 yo siempre satisfecho,
 los dos, una alma sola,
 los dos, un solo pecho;
 y en medio de nosotros,
 mi madre como un Dios!
 ¡Figúrate qué hermosas
 las horas de esa vida;
 qué dulce y bello el viaje
 por una tierra así!
 Y yo soñaba en eso,
 mi santa prometida,
 y al delirar en eso
 con alma estremecida,
 pensaba yo en ser bueno
 por ti, no más por ti.

¡Qué blanco ensueño de juventud! A los veintitrés años, un estudiante de Medicina, atacado del pensamiento suicida, lo rimaba, poniendo en las voces poéticas el prodigioso encanto del amor y del sufrimiento. La mujer que inspiró este canto de la noche, que, como una noche, es sombrío y lleno de estrellas, lo vió escribir al muchacho soñador de cabellera lacia, ojos negros, ademanes nerviosos y aspecto desaliñado, que solía contender respetuosamente sobre asuntos de letras, ante la musa que uno y otro amaban.

Rosario sufrió una conmoción moral tan grande cuando supo la muerte de Acuña, que diez y seis años después, al referírmelo, aún estaba vestida de angustia como la reina del poema portugués. Ella no determinó el fin imprevisto del desesperado estudiante; no lo amaba, lo admiraba; le ofrecía un cariño de hermana, una mano de amiga. El poeta pasó rumbo a la muerte mascullando el monólogo del loco shakesperiano.

Era forzoso. Su alma, a semejanza del alma de Lamennais, había nacido con una herida; una prematura y tal vez ancestral desazón lo empujaba al abismo. Su ternura era inocente como una niñez; pero su dolor era fatal como un destino. Nada en él tan conmovedor como la nostalgia del hogar abandonado en la provincia para seguir los estudios profesionales.

Aún era yo muy niño, cuando un día
 tomando mi cabeza entre sus manos
 y llorando a la vez que me veía,
 —adiós, adiós— me dijo—
 desde este instante un horizonte nuevo
 se presenta a tus ojos;
 vas a buscar la fuente
 donde apagar la sed que te devora,
 marcha; y cuando mañana,
 al mal que aún no conoces,

le rindas de tu llanto las primicias,
 ten valor y esperanza,
 anima el paso tardo,
 y cuando llegue de tu vuelta la hora
 ama un poco a tu padre que te adora,
 y ten valor, y marcha; yo te aguardo.
 Así me dijo, y confundiendo en uno
 su sollozo y el mío,
 me dió un beso en la frente,
 sus brazos me estrecharon,
 y despues, a los pálidos reflejos
 del sol que en el crepúsculo se hundía
 sólo vi una ciudad que se perdía
 con mi cuna y mis padres a lo lejos.
 Las campanas distantes repetían
 el toque de oraciones; una estrella
 apareció en el seno de una nube;
 tras de mi obscura huella
 la inmensidad se alzaba;
 yo, entonces, me detuve,
 y haciendo estremecer el infinito
 de mi dolor supremo con el grito,
 ¡Adiós, mi santo hogar, clamé llorando,
 adiós, hogar bendito,
 en cuyo seno viven los recuerdos
 más queridos de mi alma;
 pedazo de ese azul, en donde anidan
 mis ilusiones cándidas de niño;
 quién sabe si mis ojos
 no volverán a verte;

quién sabe si hoy te envió
 el adiós de la muerte.
 Mas si el destino rudo
 ha de darme el morir bajo tu lecho,
 si el ave de la selva
 ha de plegar las alas en su nido,
 guárdame mi tesoro, hogar querido,
 guárdame mi tesoro hasta que vuelva.

No sé si este infantil grito de pena penetrará en el pecho de ustedes. En el mío sí. Y no me pongo a pensar en la estructura de la silva de versos sueltos en que se encierra. Probablemente los fragmentos que acaban ustedes de escuchar están ligeramente alterados, porque he citado de memoria, en la imposibilidad de consultar el texto. Si a mano lo tuviera haría notar la porfía con que el poeta añora su casa, su infancia, el amor paternal. La madre es la imagen que más visita su memoria. La recuerda con fiel veneración.

Y la que tiene el cielo entre sus brazos
 la madre de mi amor,
 ni viene a despertarme en las mañanas
 ni está donde yo estoy.

En el *Nocturno* preside la felicidad imposible.
En *Ayer y Hoy* arranca al maniático suicida
esta reveladora exclamación:

 Mi madre, la que vive todavía
 puesto que vivo yo...

El mejor crítico español de estos tiempos—vuelvo a él—leyendo las poesías ocasionales de Acuña, las de tribuna, y las que, como *La Ramera* y *El Hombre*, son de una vacua declamación, mal imitada de las estupendas antítesis huguianas, pone reparos, no injustificados, aunque sí desdeñosos, a la obra en ciernes de Manuel Acuña.

No, en esos *desplantes* de tribuna, no está el poeta: está el muchacho, el estudiante radical, el escéptico de corrillo escolar. El poeta está, de cuerpo entero, en las composiciones sentimentales, en los magnos tercetos *Ante un cadáver*, donde un negro materialismo reviste las más bellas formas de piedad; y está también en el humorismo juvenil y rebosante de gracia.

Que Manuel Acuña leía a Campoamor es indudable. En la metrificación y aún en la imitación de las *Doloras* está patente la influencia del autor de los *Pequeños Poemas*.

El árbol cargado de flores prometía sazonados

frutos. Una racha de tempestad lo abatió y le impidió cumplir sus promesas. Sus amigos lloraron inconsolablemente. El pueblo asistió a los funerales. Al pie de la fosa abierta, habló un joven corpulento, de talla extraordinaria, de ensortijada y caudalosa cabellera, de rostro de gesto olímpico, como el de un bondadoso Zeus, de mirada penetrante como un venablo negro, de voz tan admirablemente sonora cual si un batíhoja golpeará suavemente láminas de oro. El joven pronunció una elegía, cuya primera estrofa compendia la tragedia:

Palmas, triunfos, laureles, dulce aurora
de un porvenir feliz, todo en una hora
de soledad y hastío,
cambiaste por el triste
derecho de morir, hermano mío.

Cuentan las crónicas que aquella elegía causó una emoción indescriptible. Un hálito sagrado cruzó como una ráfaga magnética por los espíritus; un poeta de veinticinco años se despedía de otro de veintidós. El vivo no era ya un desconocido; pero aún no era un glorificado. Se llamaba Justo Sierra.

En la tumba de Acuña no quedó sepultado el romanticismo mexicano. Vamos a verlo aparecer todavía, aunque atenuado y renovado, en el período siguiente, del cual trataré en la próxima conferencia.

IV

Una velada memorable.—El maestro Altamirano y la poesía nacional.—Los primeros discípulos del maestro.—Juan de Dios Peza.—Justo Sierra.—Los últimos discípulos.—El Liceo Mexicano.—Manuel Gutiérrez Nájera.

Una noche de febrero del año de 1893, el salón de la Sociedad mexicana de Geografía y Estadística estaba fúnebremente decorado; paños negros ocultaban las estanterías; obscuras y grandes coronas colgaban, a trechos simétricos, de los muros, y, bajo el dosel del fondo, una gasa enlutada circuía el marco dorado y amplio de un retrato fotográfico. El salón estaba henchido de estudiantes imberbes, entre los cuales muchos